

LIBRO QUINTO.

I.

Ya salvo Enéas con sus naves hiende,
Merced del Aquilon, la mar oscura,
Y tornando á mirar, su vista ofende
La dejada ciudad, que arde y fulgura:
La causa no se ve; mas ¿quién no entiende
Cuánto puede en mujer venganza dura
Y obstinada pasión? Y así el viajero
Terror concibe de funesto agüero.

II.

Después que ya se hubieron engolfado,
Y entre agua, al fin, y cielo no ven cosa
Sino el cielo y el agua, azul nublado
Sobre las naves sólido se posa
De lobreguez y tempestad cargado:
Con tristes amenazas espantosa
La ecuórea inmensidad se entenebrece;
Esfuézrzanse huracanes, la onda crece.

III.

Y en alta popa el pálido piloto,
«¿Qué oscuridad,» exclama, «el polo llena!
¡Cuánto mal nos previenes no remoto,
Oh gran padre Neptuno!» Y luego ordena
Los aparejos recoger; al Noto
Torcida vuelve la crujiente antena,
Y haciendo al remador nuevo conjuro,
Prosigue así gimiendo Palinuro:

IV.

«¡Oh magnánimo Enéas! ¡oh rey mío!
No, si me enviase celestial consuelo
El mismo Jove, saludar confío
A Italia nunca con aqueste cielo.
¿No ves cómo del véspero sombrío
Los vientos se alzan, y en contrario vuelo
Vienen furiosos á estrellarse, y cómo
Condensa el aire cerrazón de plomo?»

V.

»No es dado resistir ni ir adelante:
Lidiemos no con fuerza, mas con maña,
Cediendo á la Fortuna, que constante
Ruta nos marca á nuestro rumbo extraña:
Erice fraternal no está distante,
Si ya el catado cielo no me engaña;
Y así pronto, al torcer, será que veas
El sículo confin.» Respondió Enéas:

VI.

«Ya he visto al temporal que nos maltrata,
Eso pedir, y resistir tú en vano:
Rodeos tienta, á la Fortuna acata,
Y miremos al término sicano.
¿Y habria tierra para mí más grata
Que la en que reina Acéstes, nuestro hermano,
Y el caro genitor llorando yace?
Allá mi escuadra guarecer me place.»

VII.

Viró el piloto: céfiros que implora
Hinchen los lienzos, y la flota vuela:
Ya rauda hendiendo por el mar la prora
Al puerto arriba por que el nauta anhela.
Y á abordar acertaron á la hora
En que amiga vió Acéstes ser la vela
Que desde alto peñon léjos divisa,
Y al puerto, alborozado, baja aprisa.

VIII.

Á él, á quien Ninfa concibió troyana
Que el dios Crimiso requestó de amores,
Tornar á ver los huéspedes le ufana
Que ama fiel en amor de sus mayores.
Hórrido anda con piel de osa africana,
Pertrechado de dardos voladores;
Y en pompa agreste y rústico atavío
Hospedaje les brinda franco y pio.

IX.

Enéas, convocando el pueblo entero,
En un collado hablóles eminente
Del nuevo dia al esplendor primero:
«¡Oh dardania nacion! ¡oh diva gente!
Desde que al padre á quien deidad venero
Sepultamos aquí, y ara doliente
Pusimos en su honor, si no me engaño
Cabal su curso ha concluido un año.

X.

»Éste es el dia, y éstos los lugares:
Triste, quisolo Dios, y sacro dia
Que yo solemne, levantando altares,
Do quier me hallase, allí celebraria;
Que ó ya me vieso en los argivos mares,
Ya en las gétulas sirtes, ya en la impía
Micenas, ó cautivo ó expulsado,
Siempre honraria al genitor llorado.

XI.

»Hénos hoy las cenizas paternales
Á honrar dispuestos en amigo suelo,
Traidos á rendir obsequios tales
No sin visible ordenacion del Cielo.
Honradlas, pues; pedid vientos iguales,
Y que él, fundada la ciudad que anhelo,
En templo que en su honor alzado sea
Votos años renovar nos vea.

XII.

»Acéste, que de Teucro se gloria,
 Por cada nao dos bueyes os da agora;
 Vengan á este festin en compañía
 Nuestros Penates con los que él adora;
 Que despues, si con rayos de alegría
 Ciñere al orbe la novena aurora,
 Por mí á vosotros cual primeras fiestas
 Regatas en la mar serán propuestas.

XIII.

»El que en la lucha, en la veloz carrera
 Ó al duro cesto á competir se atreve,
 El que con mano á disparar certera
 El dardo agudo y la saeta leve,
 Concurran á la lid que los espera,
 Y quien ganare el premio, ése le lleve.
 Orad en tanto, compañeros míos,
 Y de hoja en derredor la sien cubríos.»

XIV.

Calla; el materno mirto orna su frente:
 Lo imita Helimo, y en su edad florida
 Ascanio, y en la suya decadente
 Acéste, y otros y otros en seguida.
 Va él al sepulcro entre infinita gente,
 Y por sacra costumbre establecida,
 Sanguínea libacion en taza doble
 Ofrece, y fresca leche, y néctar noble.

XV.

Y luégo el ara de purpúreas rosas
 Esparce en torno con su propia mano;
 Y «¡Salve, oh padre!» clama, «y vos, preciosas
 Cenizas á mi amor vueltas en vano!
 ¡Salve, oh ánima y sombra milagrosas!
 ¡No te dió, oh padre, el Cielo soberano
 Llegar á Italia y cabe el Tibre amigo
 La anunciada heredad gozar conmigo!»

XVI.

Tersa, en esta sazón, salir se mira
 Del fondo sepulcral sierpe que ondea
 Y en siete roscas de alongada espira
 Con manso halago el túmulo rodea:
 Cerúleas manchas, al compas que gira,
 Desvuelve, con que el lomo se hermosea,
 Y semejan las puntas de la escama
 Aureos destellos y matiz de llama.

XVII.

Tal, mirándola el sol, Íris destella
 Y de luz entre nublos se matiza.
 Visto el héroe la sierpe, el labio sella
 Absorto; mas recelos tranquiliza,
 Que inocente entre pulcras tazas ella,
 Gustando los manjares, se desliza,
 Y en doméstico giro placentero
 Torna á ocultarse do salió primero.

XVIII.

Ó genio tutelar de Anquíses fuere
 La sierpe, ó númen que el lugar ampara,
 Enéas fausto augurio de ello infiere
 Y con nuevo fervor dones repara:
 Dos ovejas, según usanza, hiere,
 Dos cerdos, dos novillos ante el ara,
 Novillos de negral cerviz; al paso
 Que néctar liba en espumante vaso.

XIX.

Con esto de las lóbregas regiones
 Salvos los manes de su padre evoca;
 Y, todos imitando sus acciones,
 Hace cada uno lo que hacer le toca:
 Quién acude al altar con oblaciones,
 Ó en orden á la lumbre ollas coloca;
 Quién en la hierba víctimas destriza,
 Quién tuesta entrañas ó la llama atiza.

XX.

Ya los caballos de Faeton lozanos
 Traen sereno el deseado día:
 Con el nombre de Acéstes, montes, llanos
 El anuncio feliz corrido había;
 Y así acuden los pueblos comarcanos
 En tropel rebosante de alegría,
 Ya á ver los espectáculos propuestos,
 Ya el prez también á disputar dispuestos.

XXI.

En medio el circo iluminó la aurora
 Copia de premios á los ojos grata;
 El verde ramo y palma triunfadora,
 Preciado honor del que mejor combata:
 Y armas, trípodes, vestes que decora
 Purpúreo ardor, talentos de oro y plata;
 Y de alto sitio súbito la trompa
 Manda sonando que la lid se rompa.

XXII.

Y á par la rompen con igual arreo
 Cuatro naves selectas en la armada:
 Con remeros briosos, por Mnesteo
 Va la rápida Priste gobernada
 (Mnesteo, á quien despues ítalo veo,
 Del cual, ¡oh Memio! descender te agrada):
 Guias toma á su cargo la Quimera,
 Que ciudad, más que nave, se creyera:

XXIII.

En triple orden de remos á ésta mueve
 Con gran vigor la juventud troyana:
 Sergesto generoso (á quien le debe
 La gente Sergia su renombre ufana)
 El gran Centauro á dirigir se atreve:
 Cloanto (á quien por tronco la romana
 Familia de Cluento reconoce)
 La Scila azul turquí monta veloce.

XXIV.

Hay distante en el mar un risco, enfrente
De las riberas que la espuma baña:
Cuando el Cielo se entolda, el mar furente
Concentra allí su bramadora saña:
Mas á erguirse el peñon torna imponente
Cuando duerme la líquida campaña,
Y da en flanco espacioso al ágil mergo
Para enjugarse al sol plácido albergo.

XXV.

Allí una meta de frondosa encina
Enéas pone, á donde el nauta vaya
A doblar la carrera, y si lo atina,
En bajel vencedor torne á la playa.
La suerte á los caudillos determina
Puesto; cada uno en alta popa raya
Por la vestida púrpura y el oro,
Y á lo léjos esplende su tesoro.

XXVI.

Bañados con aceite reluciente
Las desnudas espaldas, y ceñidos
Con ramaje de álamo la frente,
Al banco acuden los demas, fornidos;
Y, la mano en los remos impaciente,
Y atentos al anuncio los oidos,
Codicia de loor, sed de combate
Les hinche el corazon, que duda y late.

XXVII.

El clarín resonó; y en un momento
Todos del puesto arrancan á porfía:
Retiembla el mar, retumba el firmamento
Con el náutico estruendo y gritería:
Abren los brazos al batir violento
Surcos iguales y espumosa vía,
Y á un tiempo remos y tridentes proras
Las aguas por doquier rompen sonoras.

XXVIII.

No en el estadio así se precipita
Carro de dos corceles que se arroja
La palma á arrebatár, ni tal se agita
El conductor que la tardanza enoja;
El cual el volador tiro concita
Sacudiendo sobre él la brida floja;
Blande el azote, y á blandirlo atento,
Parece, de encorvado, ir por el viento.

XXIX.

Clamores suenan por el bosque umbrío
De grupos en el triunfo interesados;
Vuelve herida la playa el vocerío,
Y le vuelven en ecos los collados.
Entre gente y rumor Gias con brío
Hendió el primero los salobres vados;
Cloanto á par, mejor en remos, viene,
Bien que el peso la nave le detiene.

XXX.

Priste y Centauro en pos á una se lanzan,
 Y cada cual adelantarse espera:
 Alternativamente ora se alcanzan
 Cuando alguna tomó la delantera;
 Ora las proas ateniendo, avanzan
 Con larga quilla en rápida carrera;
 Ya al escollo llegando iban, en suma,
 Resuelto el ponto en albicante espuma.

XXXI.

Hé aquí entre todos victorioso Gias
 A su piloto reprendiendo, exclama:
 «¿Por qué á derecha desviar porfias?
 Torna, Menétes, do el honor nos llama:
 Las otras por el mar rueden baldías;
 Nuestra nave el peñon deja que lama!»
 Tal dice; mas temiendo ímpio bajó
 Tuerce hácia el mar Menétes el navío.

XXXII.

Y otra vez Gias con furor le intima:
 «Torna, Menétes, á la izquierda!» En esto
 Siente á Cloanto que le viene encima
 Y á ganarle de mano acude presto:
 Ya á las rocas sonantes se aproxima
 Entre ellas y él lanzándose interpuesto,
 Y á ambos atras dejándolos de pronto,
 En bajel triunfador boga en el ponto.

XXXIII.

Al mancebo en la faz saltóle el lloro,
 Y hasta los huesos le mordió la ira:
 Ni oye la voz del personal decoro
 Ni de los suyos la salud ya mira;
 Mas de alta popa al piélagosonoro
 Brusco á Menétes de cabeza tira;
 Y activo en su lugar, exhorta, empeña,
 Y, rigiendo el timon, va hácia la peña.

XXXIV.

Menétes, de los años abatido,
 Salir apénas del abismo pudo;
 Y sacudiendo el húmedo vestido
 Trepa á secarse en el peñon desnudo.
 Rió la juventud cuando le vido
 Hundirse de cabeza al golpe rudo;
 Bregar luégo, y después que brega y náda,
 Revesar la onda que tragó salada.

XXXV.

Viendo á Gias, Mnesteo la esperanza
 Cobra de rebasarle. Al par rebosa
 Sergesto en ella, y, el primero, alanza
 Su nave hácia el peñasco presurosa:
 Esta, mitad á su rival se avanza,
 Mitad la Priste su costado acosa;
 Y en fuerza del peligro y del deseo,
 Recorriendo el bajel habló Mnesteo:

XXXVI.

«Soldados de Héctor, que la patria mía
Miró á mi lado en la final pelea!
Como en las sirtes gétulas fué un día,
En este lance vuestro aliento sea;
Cual ya en el jonio mar, vuestra osadía,
O en las rápidas ondas de Malea.
Ni aspiro á ser primero. ¡Oh, si pudiese...
No; á quien lo dió Neptuno, el triunfo es de ésel

XXXVII.

»Mas no el pudor postreros ir consiente;
Lo que honor manda, compañeros, pido.»
Calla; saca, á su voz, vigor su gente;
Cruje la popa al golpe repetido;
Huye la mar; anhélito frecuente
Brotan las secas fauces con sonido;
Los cuerpos dobla agitacion extraña,
Y abundante sudor sus miembros baña.

XXXVIII.

Hé aquí vencer les dió súbito caso;
Y fué así que forzando espacio estrecho,
Metió Sergesto el imprudente vaso
Entre las peñas á encallar derecho;
La roca retembló con el fracaso;
Se oyó el remo crujir cuasi deshecho
En puntas de coral, do sin defensa
Entró la proa y se aferró suspensa.

XXXIX.

Los marinos con alto clamoreo
Hacen, si al pronto yertos, de ferrados
Chuzos y picas oportuno empleo
Por desclavar los remos quebrantados.
Gozoso en tanto, á buen remar, Mnesteo,
Propicios ya los vientos y los hados,
Tiende el rumbo á do el piélagos declina,
Y raudo y libre por el mar camina.

LX.

Cual vuela por el campo, alborotada
Con el pavor de súbito estallido,
La paloma que tiene en la albarrada
Su dulce imperio y su amoroso nido;
Bate sobre su rústica morada
Las plumas, al salir, con recio ruido,
Y despues remontándose en el cielo
Las alas tiende en silencioso vuelo:

XLI.

Así la Priste, que fatiga tanta
Tomaba forcejando la postrera,
Con ímpetu espontáneo se levanta
Y huyendo por las ondas va ligera.
Lo primero, á Sergesto se adelanta
Con su nave entre escollos prisionera,
Y allí haciendo le deja vanos votos
E ideando volar con remos rotos.

XLII.

Tras Gias sigue, y á su nao pujante,
Falta ya de piloto, desafía:
Vence; sólo Cloanto va delante;
Y vuela en pos, creciendo su osadía:
Redóblase la grita estimulante
De los espectadores, que á porfía
Roncos aplauden su feliz carrera,
Y los ecos en torno hinchén la esfera.

XLIII.

Los unos, que triunfantes se creyeran,
Ya en riesgo el triunfo, coronarlo ansían:
Incompleto, la palma no quisieran;
Completo, por la palma morirían:
Los otros eso mismo osan y esperan;
Porque triunfando van, triunfar confían,
Y pudieran juntándose ambas proras
Partir el premio á un tiempo vencedoras.

XLIV.

Mas á orar atinó de esta manera
Cloanto, ambas las manos extendiendo:
«¡Oh Númenes que el piélagos venera,
Cuyos dominios con mi nave hiendo!
Si el triunfo me cumplís, en la ribera
Un blanco toro en vuestro honor ofrendo;
Tiraré sus entrañas á estos mares,
Y néctar bañará vuestros altares.»

XLV.

Dijo; y á par oyó de Forco anciano
La vírgen Panopea sus acentos;
Y el coro de Nereidas soberano
Condolióse en sus huecos aposentos:
Movió la nao Portumno con su mano,
Y fugaz como soplo de los vientos,
Y no ménos veloz que alada flecha,
El hondo puerto penetró derecha.

XLVI.

Los combatientes por sus nombres llama
Enéas, y sus triunfos galardona;
A voz de heraldo resonante aclama
Vencedor á Cloanto, y le corona:
Ciñe, en suma, á su sien la verde rama;
Y á cada nave tres becerros dona,
Y que lleven les da vino abundante,
O una pieza de plata á su talante.

XLVII.

Y á cada jefe añade su presea:
Clámide áurea al principal ofrece,
De púrpura ceñida melíbea
Que en doble orla gira y la guarnece:
Retejido en el fondo la hermosea
De Ida el régio garzon, que allí aparece
La espesura cruzando nemorosa,
Y leves ciervos con el dardo acosa.

XLVIII.

Figúrase allí mismo en el momento
En que robado, al parecer anhela:
La armígera de Jove al firmamento
Le arrebató feroz, y encima vuela:
Muestra uñas corvas la ave por el viento;
Viejos que hacen al niño centinela,
Tienden palmas al aire; el aire mudo
Hieren los canes con furor agudo.

XLIX.

Loriga de oro y triple y fina malla
Relucia en los dones del trofeo:
Usóla ya en los campos de batalla,
Campos que riega el Símois, Demoleo:
Mal consiguen en hombros sustentalla
Dos esclavos, Sagáris y Fegeo;
Y así y todo, el jayan con ella un día
Fugitivos Troyanos perseguía.

L.

Y en campos la ganó que el Símois riega
Enéas ya, cabe Ilion divino;
Y ahora la otorga al que segundo llega,
Arma al par y ornamento peregrino.
Dos calderas, despues, de bronce entrega,
Tercer presente á quien tercero vino;
Y dos vasos de argento, muestra rara,
Que el cincel de figuras abultara.

LI.

Ya iban todos premiados, con diadema
De púrpura ceñidos, placenteros;
Cuando Sergesto, que su industria extrema,
Salir logró de los escollos fieros:
Con una banda escueta afana y rema,
Quebrantados costado y marineros;
Y en medio de la befa que le humilla,
Pide el tardo bajel la ingrata orilla.

LII.

Tal sesga sierpe, en el camino hollada
De veloz rueda, ó por viador, que herida
La deja, y medio muerta, de pedrada,
El cuerpo tuerce por lograr salida;
Con lengua ardiente, con feroz mirada
Yérguese, en parte, rebosando vida,
Y, en parte, de dolor se arrastra llena,
Y en sus propios anillos se encadena.

LIII.

Mas la nave que en remos flaqueaba,
Las velas descogiendo á puerto viene.
Enéas de Sergesto el arte alaba
Con que gente y bajel salvar obtiene,
Y le da el galardón: era una esclava
De Creta oriunda, que por nombre tiene
Foloe; en artes de Minerva, diestra;
Al seno puestos dos infantes muestra.

LIV.

Así acabada la naval porfia,
A un sitio ameno de hierbosos prados
Enéas se adelanta: en torno había
Corvas selvas, umbríferos collados:
Del valle el fondo en círculo se amplía;
Teatro natural forman sus lados;
Y allá la multitud vuela contenta,
Y en medio el Rey con majestad se asienta

LV.

Y con premios invita lisonjeros
Á competir en rápida corrida:
Teucros, Sicanos, á su voz ligeros
Saltan á par á do el honor convida.
Van Euríalo y Niso los primeros:
Radiante el uno en juventud florida,
Insigne el otro por su casta llama;
Bello Euríalo es; Niso le ama.

LVI.

Vino, sangre de Príamo, Diores;
Y Patron luégo y Salio juntamente
Aquéste de tegeos genitores,
Esotro de Acarnania procedente.
Compañeros de Acéstes, cazadores,
Mancebos de gallardo continente,
Van Helimo y Panópes en seguida;
Y otros de nombre que la fama olvida.

LVII.

«Al campo, adolescentes; os convido,»
El Rey dijo á la gente congregada;
«Y á promesa gustosa dad oído:
Nadie sin dón saldrá de la estacada.
Hé aquí dos dardos de metal buido,
Cretenses, y de argento nielada
Una hacha de dos filos: ved en esto
El comun premio á cada cual propuesto.

LVIII.

»Al más aventajado combatiente
Daráse encima, amén de la corona,
Un noble potro con jaez lucente:
Al segundo, una aljaba de amazona,
Provista, y de áureo tahalí pendiente
Que gruesa perla cual boton tachona:
Al tercero, este hermoso yelmo argivo;
Y los tres ceñirán ramas de olivo.»

LIX.

Dijo, y puestos eligen; y al instante
Que señal de partir dió la trompeta,
Cual ráfagas de viento resonante
De la raya mirando huyen la meta.
Niso, fuerte y veloz, sale adelante
Como alado relámpago ó saeta;
Corre Salio despues, distante empero;
Euríalo, lo mismo, va tercero.

LX.

Sigue á Euríalo Helimo en su carrera;
 Á Helimo pié con pié sigue Diore;
 Ya, ya al hombro le hostiga, y si se abriera
 Más campo á sus intrépidos furoros,
 Del que último volaba el lauro fuera
 Ó en balanza quedaran los honores.
 Ya el término llegando iban en suma,
 Y el esfuerzo los músculos abruma.

LXI.

Hé aquí casi triunfante (¡infausto caso!)
 En verde grama que la suerte quiso
 Hubiese matizado humor escaso
 De inmolados becerros, pisó Niso:
 Tratara en vano de afianzar el paso
 Titubeante en suelo húmedo y liso;
 Llegó veloz, veloz resbala, y todo
 Tinto en sangre quedó, y envuelto en lodo.

LXII.

No allí Niso olvidó su amistad bella;
 Mas álzase en el pérfido terreno;
 Salio síguele incauto, se atropella,
 Y yéndose de piés rueda en el cieno.
 Euríalo veloz como centella
 Adelante de todos, de ardor lleno,
 Entre aplausos sin número se lanza,
 Y, merced de amistad, el lauro alcanza.

LXIII.

Llega Helimo despues, y en fin Diore.
 Salio á engaño se llama, visto aquello;
 Pide el prez, y á la flor de espectadores
 Con su aplauso da en cara á voz en cuello.
 A Euríalo protegen, sin clamores,
 Virtud llena de gracia en rostro bello,
 Virtud que encanta y pundonor que llora,
 Y el sufragio de un pueblo que le adora.

LXIV.

Favorécenle á par altas razones
 Que hace Diore, que su palma espera:
 Palma, si Salio de los grandes dones
 Ninguno ha de llevar, suya y postrera.
 Y dijo Eneas: «No temais, garzones:
 El orden de los premios nadie altera;
 Ni vuestros fueros mi amistad lesiona
 Si al valor desgraciado galardona.»

LXV.

Y una piel de leon da á Salio, armada
 Con áureas garras y hórridas guedejas.
 Niso entónces habló con voz turbada:
 «Si ese honor á vencidos aparejas
 Y tanto un contratiempo te apiada,
 Para Niso, señor, ¿qué premio dejas?
 Mio es el triunfo, si la suerte esquiva
 Que á Salio hirió despues, no me derriba.»

LXVI.

Habla, y del golpe el afeante signo
Muestra, hablando, en el cuerpo y triste cara.
Oyóle el Rey y sonrió benigno,
Y un rico escudo le ordenó llevara:
Fue éste del mozo egregio premio digno:
Lo hizo Didameon con arte rara,
Y al templo de Neptuno do pendía,
Argivo brazo lo arrancara un día.

LXVII.

Cesó la competencia de esta suerte;
Y Enéas señalando férreo guante:
«Ahora,» dijo, «el que se sienta fuerte,
Ceñido el puño indómito levante.
Lucio novillo al que á vencer acierte,
Con cintas y oro el asta rutilante,
Daré por galardón: gentil celada,
Por consuelo, al vencido, y una espada.»

LXVIII.

Con murmullo del vulgo circunstante,
Lleno Dáres alzóse de ufanía:
Él solo, en Troya, á París arrogante
A contrastar lidiando se atrevía;
Y él solo á Bútes, triunfador gigante,
Que, de origen bebricio, pretendía
Llevar sangre de Amico, invicto en guerra,
Cabe el túmulo de Héctor echó á tierra.

LXIX.

Tanto como en la fúnebre palestra
Soberbio entónces levantarse pudo
Cuando dejó al jayan sola su diestra
Tendido en la sangrienta arena y mudo,
Soberbio ahora se levanta, y muestra
Los hombros fornidísimos desnudo;
Y un brazo y otro vigoroso extiende,
Y los aires azota por do hiende.

LXX.

En medio del innúmero gentío
Otro igual campeón se busca en vano:
Nadie á aceptar se atreve el desafío,
Nadie del cesto á rodear la mano.
El, sin par, á su juicio, en poderío,
Saluda á Enéas y prosigue ufano
Sin que en mudo homenaje instantes pierda,
De una asta asiendo al toro con la izquierda.

LXXI.

«¿Qué más quieres que aguarde, hijo de Diosa?
El dón se me adjudique, pues ninguno
Su fuerza con mis fuerzas medir osa.»
Los Teucros barbotaban de consuno
Apoyando la súplica orgullosa.
Con ruego en tanto Acéstes importuno
Reprende, incita á Entelo, que á su lado
Yace en el verde césped reclinado:

LXXII.

«Tu nombre de valiente entre valientes
¿Qué sirve, Entelo, sin tan buenos dones
Con tanta calma en paz llevar consientes?
Hoy de Erice divino y sus lecciones
¿No es deber patrio que el honor sustentas?
La fama que asombraba estas regiones
¿A dónde se oscurece? ¿Qué se han hecho
Los despojos pendientes de tu techo?»

LXXIII.

Entelo respondió: «No son extraños
Valor y amor de gloria al pecho mio;
Mas siento ya de la vejez los daños,
Mis miembros ciñe ya rígido frío.
Yo si hoy tuviese el que en mis verdes años,
Cual le goza ese audaz, ardiente brío,
No el premio disputara, si la palma;
Que ocupe el premio vil, lo llevo en calma.»

LXXIV.

Habló Entelo; y volviendo por sus fueros,
Se alza, y dos cestos en el campo lanza
Con que Érice ostentara en golpes fieros
Con los ligados brazos su pujanza.
Ven los siete boyunos recios cueros
Graves de plomo y hierro á hercúlea usanza,
Y todos se imaginan con asombro
Del buey la talla, y del atleta el hombro.

LXXV

Más que de paso el mismo Dáres cía;
Y mudo con la mano el grande Enéas
El enorme volúmen revolvía
De los gruesos anillos y correas,
Y díjole el anciano: «¿Qué sería
Si de Hércules las armas gigantes
Hubieses visto, y la espantosa hazaña
Que hizo estas playas funeral campaña?»

LXXVI.

»Fué hijo Érice, cual tú, de Vénus, y esos
Los correones son que usaba en lides:
¿Espancidos los ves de sangre y sesos?
Los mismos son con que paró ante Alcides;
Y yo tambien con vigorosos huesos
Los blandí contra fuertes adalides
Cuando áun léjos la edad miraba ingrata
Que ambas mis sienas esmaltó de plata.»

LXXVII.

Y á Dáres retorciendo la mirada:
«Mas si rehuyes, campeón troyano,»
Prosigue; «si á tu Rey piadoso agrada,
Y al mio, que combate por mi mano,
Fuerzas equiparar en la estacada,
Gustoso á justos términos me allano;
¡Ea! las armas de Érice te cedo;
Las troyanas depon, y pon el miedo.»

LXXVIII.

Áun bien no lo hubo dicho, se adelanta,
 Y del doble ropaje se desnuda,
 Y en pecho, brazos, músculos, espanta
 Ver su nerviosa robustez membruda:
 Ya, en medio el campo, colosal se planta;
 Y dando Enéas término á la duda,
 Trae de iguales cestos sendos pares,
 Y á Entelo de ellos arma y arma á Dáres.

LXXIX.

Y en simultáneo arranque de osadía
 Ya éste en puntas de piés y aquél se adreza;
 Los brazos uno y otro al aire envía,
 Cautelosa hácia atrás la alta cabeza:
 Trábanse por las manos; á porfía
 Crecen amagos, y la lucha empieza
 Entre el púgil que mueve ágil la planta
 Y el jayan que disforme se levanta.

LXXX.

Va el jóven en su edad esperanzado;
 Fia el viejo en su mole, aunque flaquean
 Las rodillas y el cuerpo treme helado;
 Y ambos con vano afan tiran, golpean:
 Hiérense aprisa al cóncavo costado:
 Ronco el pecho resuella: menudean
 Por orejas y sienes las puñadas:
 Las mandíbulas crujen martilladas.

LXXXI.

Firme está Entelo; mas con pronta vista
 Ve por do heridas, ladeando, ahorre;
 El otro el campo mide, y por do embista
 Entradas busca, á embestir acorre:
 Tal tropa audaz, de máquinas provista,
 Soberbio muro ó enriscada torre
 Que medite arruinar, asalta, embiste;
 Torna á atacar, y el torreón resiste.

LXXXII.

El brazo Entelo, amenazando estrago,
 Alza descomunal; mas ve de arriba
 Venir, Dáres, con tiempo, el fiero amago,
 Y hurta el cuerpo veloz y el golpe esquiva:
 Hirió el furioso combatiente en vago,
 Y enorme por su peso se derriba,
 Cual rueda hueco pino, dando espanto,
 En bosques de Ida ó cumbres de Erimanto.

LXXXIII.

Levántanse ambos campos con rüido,
 Y un grito al cielo lanzan simultáneo:
 Acude Acéstes, viéndole caído,
 A ayudar al amigo y coetáneo:
 Surge él sin quiebra de ánimo ó sentido;
 Antes fuego de cólera espontáneo
 Arde en su pecho, el pundonor le pica,
 Y el probado valor fuerzas duplica.